

ya, no se revolvía.—Solo al principio, al sentir el ardor infernal del fuego, había sollozado la víctima:

—¡Compasión! ¡Por el alma de vuestras madres!

—Nos ha desgraciado el golpe—refunfuñó el jefe. —Aunque le desollemos, no chista.

—¡Si está medio muerto!

De un puntapié le empujaron más adentro del hogar. La llama prendió en la ropa y en el pelo canoso. No hizo un movimiento. Ardía mejor que la yesca y la madera apolillada.

Al volver de misa los señores de Valdelor, creyeron que era un accidente casual—la caída del viejo en la lumbre,—lo que les privaba de un criado bueno, realmente bueno, fiel,—pero inútil para el servicio.



## XII

## Armamento

FUE en una noche de invierno, ni lluviosa ni brumosa, sino atrocamente fría, en que por la pureza glacial del ambiente se oía aullar á los lobos lo mismo que si estuviesen al pie de la solitaria rectoral y la amenazasen con sus siniestros *jouu. . bée!*—cuando el cura de Andianes, á quien tenía desvelado la inquietud, oyó fuera la convenida señal, el canto del *cucorei*, y saltando de la cama, arrojándose con un balandrán viejo, encendiendo un cabo de bujía, descendió precipitadamente á abrir. Sus piernas vacilaban, y el cabo, en sus manos agitadas también por la emoción, goteaba candentes lágrimas de esperma.

Al descorrerse los mohosos cerrojos y pegarse á la pared la gruesa puerta de roble, dejando penetrar por el boquete la negrura y el helado soplo nocturno, alguien que no estuviese prevenido sentiría pavor viendo avanzar á tres

hombres, más que embozados, encubiertos, tapados por el cuello de los capotes, que se juntaba con el ala del amplio sombrero. Detrás del pelotón se adivinaba el bulto de un carrito y se oía el jadear del caballo que lo arrastraba, y cuyas peludas patas temblaban aún, no sólo por el agria subida de la sierra, sino por haber sentido tan de cerca el ardiente hálito de los lobos monteses hambrientos.

—¿Está todo corriente?—preguntó el que parecía capitanear el grupo.

—Todo. No hay más alma viviente que yo en la casa. ¡Pasen, pasen, que va un frío que pela á la gente...!

Metieronse en el portal é hicieron avanzar el carrito, que al fin cupo, no sin trabajo, por el hueco de la puerta; cerráronla aprisa solo con llave, sin echar los cerrojos otra vez, y ya defendidos de curiosidades—aunque en tal lugar y tal noche no era verosímil ningún riesgo,—bajaron los cuellos de los abrigos y se vieron unos rostros curtidos por la intemperie, animados por la resolución; unas barbas salpicadas de goteruelas—la respiración, liquidada al abrigo del paño.

—Suban,—dijo el párroco solícitamente.—Hay en la mesa buen jamón, queso, vino.... Echen un chisco, caliéntense.

—¡Mal truco!—juró el jefe de la partida.—Interin no se acomoda el género... nadie bebe un chisco aquí. ¡A lo que venimos!

Obedeció el cura, alzando cuanto pudo la luz; quitaron prestamente la capa de paja que

cubría el carro, y apareció relleno, atestado de armas diversas, desde la anticuada escopeta de caza y el arcaico trabuco, hasta los revólveres de ordenanza y el fusil Remington. Una corriente de orgullo, un espíritu de reto, de provocación, surgió de aquel hacinamiento de bélicos trastos. El párroco olvidó los temores que momentos antes hacían entrechocarse sus dientes; los tres mocetones montañeses rieron y blasfemarón de gusto. ¡A ver cuándo llegaba el día de estrenar el armamento! Y no había de tardar, ¡mal truco! Ahora, á esconder el arsenal donde ni el mismo diaño acierte con él...

—Más secreto, imposible...—afirmó el cura.

—Mis sobrinas, en Compostela desde antes de ayer. ¡En lenguas de mujeres no hay fianza! El sacristán pasa todo el día de hoy y el de mañana en Cebre con su hermano, el tendero, que necesita que le saque las cuentas del almacén. Por aquí, con el frío lobero, la nieve amagando, no aporta alma cristiana. Tenemos veinte horas nuestras. Si prefieren cenar y dormir...

Repitieron que no. En quitándose de encima el ansia de esconder aquello, ya comerían, ya dormirían... Ahora; ¡al negocio! De la carga del carro tomó cada cual lo que pudo, y guiando el cura, que amparaba la luz con la mano, salieron al huerto, comunicado con la iglesia por una puerta baja abierta en el románico ábside y que daba acceso á la sacristía. El trío del cañón de los fusiles les quemaba los dedos, y resbalaban en la escarcha de los senderos, guardados de árboles frutales sin hojas. Dentro de

la iglesia ya, encendió el cura los dos cirios colocados ante la efigie de Nuestra Señora, y se vió que los tableros que cubrían la mesa del altar habían sido desclavados; en el suelo yacía una espuerta con martillos, clavos, tenazas; la piedra de ara descansaba sobre las gradas del presbiterio, y el hueco obscuro del altar vacío semejaba la boca de un sepulcro...

—¿Nos cabrán ahí?—preguntó uno de los mocetones.

—Si no caben, ya tengo yo discurrido otro escondrijo muy bueno; pero me ayudarán a levantar la losa, que no soy hombre de hacerlo solo,—añadió, señalando á un gótico sarcófago sostenido por dos leones toscamente labrados y sobre el cual reposaba un paladín de granito, armado de punta en blanco, ceñudo, severo.

Comenzaron á depositar el contrabando en el hueco del altar: á pocos viajes, quedaron acomodadas las dos terceras partes de las armas, hasta el borde. Clavaron otra vez los tableros. encajó el cura la piedra de ara, extendió el mantelillo, restableció en orden las sacras, los candeleros, el atril—y aquí no ha pasado cosa alguna.—Ahora era preciso alzar la losa de la tumba de granito, interrumpir el sueño secular del guerrero noble. Aplicáronse á ello los tres forzudos mocetones; arrancaron la argamasa, dura como mármol, y sirviéndose de trabucos á guisa de palanquetas, lograron desquiciar y alzar la losa, corriéndola á un lado. El cura retrocedió despavorido: en el fondo del sepulcro

había huesos, cenizas, guiñapos, polvo humano. —lo que restaba de aquel batallador, ¡lo que ha de restar de todos los hombres! —La idea de la profanación humedeció su frente con sudor frío; precipitadamente hizo la señal de la cruz. ¡De *aquello* no podía salir cosa buena! Entretanto, los mocetones, sin cuidarse de la suerte que corrían los despojos del valeroso caballero, acomodaban en la tumba el resto del depósito, —fusiles, escopetas, cartuchos, balas...— Al volver á sentar con violento esfuerzo la losa, preguntaron:

—¿No habrá un poco de mezcla?

—No... Dejarlo ahora así: yo le echaré la mezcla cuando esté solo y tenga tiempo...

Hicieron desaparecer las últimas huellas de la misteriosa labor; apagaron los cirios; cruzaron el huerto; subieron á la salita de la rectoral—y ni los lobos que les habían seguido de lejos echándoles unos ojos como brasas, devoran así.—Engulleron todo—el jamón curado de Lugo, el queso de San Simón, el pan de centeno; —tres veces vieron el fondo del botellón de añejo vino. Rieron, contaron chascarrillos de cazadores, describieron plásticamente á la médica de Cebre, el mejor bocado en seis leguas á la redonda, y sobre todo, evocaron las contingencias de un alzamiento ya inminente, la distribución y empleo de aquella ferranchinería escondida con tanta habilidad, que ni el mismo díaño... ¡Mal truco! ¡No tendría tiempo de comérsela el orín! ¡Ya sonaría, ya, manejada por quien sabemos Estabamos en Nadal, ¿no? Pues

allá para Antruejo... lo más tarde! ¡A embro-  
mar al Gobierno y á la guardia civil!

Hartos, semichispos aún, después de un sue-  
ño de cinco horas,—se marcharon á medio día  
con su carrito, donde, por disimular, por si les  
daban el alto, metieron cerro, habas secas,  
haces de paja. Sólo quedó el cura con el de-  
pósito.

Sólo... y espantado. — Siempre que decía mi-  
sa en el altar, relleno de armas, creía oír que se  
entrechocaban, que el hierro hablaba y amenaza-  
ba, que las balas querían atravesar los tableros  
irradiando destrucción.— «Paciencia— pensaba:  
esto poco ha de durar: allá para Antruejo...»  
Vinieron los gordos Carnavales, con su escolta  
de ollas tocineras y de *filloas* amarillas, vinie-  
ron la Semana Santa, la Pascua, el mes de Ma-  
ría, y como si tal cosa; el país reposaba tran-  
quilo. Estaba el cura lo mismo que si hubiese  
asesinado á alguien, enterrando el cadáver se-  
cretamente, y temiese á cada minuto que iban  
á descubrir el cuerpo— No comía ni dormía;  
en cada rostro pensaba leer que el secreto había  
transpirado, que se cuchicheaba, que vendrían  
los civiles á registrar, que se le llevarían á él,  
jun sacerdotel atado codo con codo, sabe Dios  
á qué destierro, á qué presidio.. ¡á qué consejo  
de guerra! Y corría el año, y volvía la nieve á  
poner monteritas blancas á los abruptos picos  
de la sierra, y del famoso alzamiento... ni indí-  
cios. «No puedo vivir más con este embuchado»,  
resolvió el cura. «Me volvería loco.» En arran-  
que repentino y febril, metió ropa en el cofre,

se despidió de sus sobrinas, montó en la yegua,  
llegó á Marineda en tres jornadas, y el primer  
vapor de emigrantes que salió de la linda bahía  
acogió en su seno á un hombre que iba huyen-  
do de un altar y de un sepulcro.